



René Vergara La lucha contra el tiempo

En sólo diez minutos el famoso creador de la Brigada de Homicidios, periodista y escritor policial, encontró la clave de un crimen horrendo. Al mejor estilo del Comisario Maigret.

El recurso psicológico en el difícil arte del interrogatorio es relativamente nuevo. Por lo menos en la práctica. Timidamente, los policías empezaron a utilizarlo años después de leerlo en las obras de Simenon o Conan Doyle.

En Chile uno de los primeros que lo usó fue René Vergara, periodista, policía, escritor y hombre generoso que volcó su conocimiento en esta revista hasta días antes de su muerte.

Este es un caso en que Vergara, fundador de la Brigada de Homicidios, usó las lecciones recibidas en Scotland Yard, la Sureté y otros organismos policiales donde fue alumno y/o profesor.

En resolver el caso -un homicidio- René Vergara demoró... diez minutos.

El domingo 21 de abril de 1951, Hernán Henríquez Céspedes, jefe de personal de la planta pasteurizadora de leche, en Maipo, amaneció muerto. En un pozo séptico.

MACABRO

El espectáculo no era precisamente edificante. Henríquez, además de estar en el pozo, estaba sujeto al fondo por dos pesadas losas de cemento que alguien le había arrojado encima para impedir la salida del cadáver.

Después de una tarea fatigosa se extrajo el cuerpo. Vergara le pidió al médico de investigaciones presente que le dijera si el cuerpo había sido arrojado al fondo vivo o muerto.

En medio de una escena silenciosa, el médico dio el veredicto:

«Cayó vivo, pero ahogado. Tiene lesiones en el cráneo y hemorragia en la cara».

La sangre estaba, además, en dos tarros lecheros que habían recibido una limpieza no muy profunda.

Vergara preguntó por la personalidad del muerto. Consenso:

«Un jefe de carácter violento, bastante despótico con los trabajadores».

Hasta ese momento, se barajaba como una buena tesis la posibilidad de crimen entre homosexuales. Hasta que llegó el informe médico: la víctima no era sodomita.

Vergara decidió utilizar un método que en la ficción lo había utilizado el comisario Maigret, hijo literario de Simenon. Interrogó a los sospechosos frente al cadáver y con la tarjeta de asistencia en la mano.

DEBÍ

Empezó:

«¿Su nombre?»

Juan López, señor.

«¿A qué hora se retiró ayer?»

«Llegué a las ocho de la mañana a cumplir mi turno extraordinario».

«¿Estoy preguntando a qué hora se fue, señor. Confíste a lo que estoy preguntando».

«A las cuatro y media, señor».

Vergara miraba las tarjetas y verificaba. De improviso le mostraba el cadáver desfigurado a cada uno.

«¿Lo conoce?»

«Sí, señor. Es Hernán Henríquez».

«¿Vio algo durante su permanencia en la planta?»

«Eso se repitió veinte veces. A una rapidez fulminante. Preguntas y respuestas. Nada más. Tiempo: unos diez segundos».

DOS REZAGADOS

Le tocó el turno al mayordomo Norberto Contreras.

René Vergara cambió la pregunta:

«¿Usted aparece aquí yéndose a las 17.30. ¿Quedó alguien más en este lugar?»

«Sí, el rondín que había llegado en ese momento».

Preguntó al rondín:

«¿Y usted, vio algo?»

«Señor, yo llegué a dormir».

«¿Pero no es el rondín usted?»

«Es que llegué curado».

René Vergara se indignó (y sabía hacerle bien):

«Oye, mata de arracán florido, ¿por qué no lo habías dicho?»

Contreras tartamudeó. Vergara volvió a la carga:

«Te pregunté, con claridad, quiénes se habían quedado en la planta después que te fuiste. Y hay otro que se había quedado: el rondín. Y ahora hay otro: el señor Henríquez, el muerto. ¿Sí o no?»

Contreras quiso contestar. No alcanzó.

«¿Y cuál fue el cuarto?»

«El Pablo Sánchez, señor».

Vergara batió la voz:

«Que venga».

Y llegó Pablo Sánchez. 21 años de edad, campeón de box de San Felipe. Uno que había pasado el primer interrogatorio.

Vergara:

«Mira, no estoy para perder el tiempo. ¿Tú hiciste esta media embarrada?»

«Le destapé la cara al muerto».

Sánchez miró hacia otro lado. Un silencio. Luego:

«Sí, señor».

VENGANZA

Ahí, en diez minutos, se supo toda la verdad.

El capataz había trabajado dos años en la planta. A principio de mes había ordenado el despido de Pablo Sánchez y del rondín Juan Mejías.

Confesión:

«Nos encontramos aquí con el rondín. Cuando llegó al jefe me reñó porque me estaba tomando un trago. Discutimos, pero luego nos fuimos de cachaco. Él creía que se la podía. Pero como soy boxeador, sé dónde pego. Al primer combo le tiré al suelo y le di otro chancacazo con un tarro lechero. Después creí que todo quedaría para callado. Le tiré al pozo y le mandé encima dos bloques de cemento. No quería verlo más».

«¿Y el papel del rondín? Quedarse dormido, gozando de su borrachera ética».

Vergara ante los periodistas:

«Fue un crimen horrendo, solucionado por un factor psicológico. Mostrar el cadáver causa un efecto tremendo. Sobre todo si está desfigurado. De las veinte personas, varias tartamudearon, pero Sánchez lo hizo con mayor intensidad en la primera pasada».

Se volvió a uno de sus detectives:

«¿No es así, Humberto?»

«Justo, jefe. Yo me di cuenta aliro».

Por Samuel Gondzveig

La lucha contra el tiempo [artículo] Samuel Gondzveig.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gondzveig, Samuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La lucha contra el tiempo [artículo] Samuel Gondzveig. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile